SIHA

Nació en Vesali como sobrina de Sihasenapati, el gran general de la tribu de los *licchavis*, que era jainista, pero que se convirtió al budismo cuando escuchó predicar a Gautama Buddha. Su nombre significa «leona». Creció en la ciudad de Vesali. Se ordenó budista después de escuchar un sermón del Buddha, pero durante siete años se esforzó por seguir el Sendero sin conseguir la paz mental que tanto anhelaba. Desesperada, decidió suicidarse colgándose de un árbol, aunque lo que de verdad deseaba era obligar a su mente a que le revelara el sentido profundo de las enseñanzas budistas. Justo en ese momento alcanzó la iluminación. Entonces aflojó el nudo del cuello, se libró de la cuerda y regresó con sus hermanas mientras, exultante, recitaba el poema que contaba esta experiencia límite.

Obsesionada por el sexo estuve
siete años vagando
sin control sobre mí.
Mi mente, un remolino de lujuria,
y mi cuerpo, emaciado y sin sustancia.
Mi paz mental estaba en guerra

con mis locos sentidos insaciables.
No había paz en mí,
solo intenso dolor.

Entonces decidí
adentrarme en el bosque
y colgarme de un árbol.

Mejor balancearse entre los muertos
que una existencia estrecha.

Un nudo en una rama
y otro nudo en mi cuello.

A punto de saltar, ¡Siha está libre!
¡En ese mismo instante
Siha lo entiende todo y se ilumina!

PATACHARA O PATACARA

Fue una de las personalidades más poderosas del budismo primitivo y la más mencionada por las otras *therigathas*. En tiempos de Buddha Padumuttara, nació en Hansavati en el seno de una familia de comerciantes. En una ocasión en que vio cómo el Maestro alababa a una monja como la más versada en las reglas de la orden se prometió que alguna vez ella también se merecería un elogio así. En la época del Buddha histórico, renació en el seno de una familia de comerciantes en Savatthi. Cuando la intentaron casar con un joven de su mismo nivel social, se fugó con un sirviente del que se había hecho amante y se instalaron en un lugar remoto. Al cabo de un tiempo quedó embarazada y, como era lo usual entonces, al aproximarse la fecha del parto quiso ir a la casa de sus padres. Como su marido se negó, ella se fue sin su permiso y acabó dando a luz a mitad de camino, donde su esposo la encontró y la llevó de regreso a su hogar. Cuando se quedó embarazada por segunda vez, pasó lo mismo: él se niega a dejarla partir y ella se marcha de todos modos. En esta ocasión él la alcanza mientras atravesaba un bosque. Entonces ella se pone de parto y enseguida comienza a llover torrencialmente. Él se apresura a buscar maderas y hojas para construir un refu-

gio, pero una serpiente venenosa, emboscada en un termitero, le muerde y fallece. Su mujer, que pensaba que los había abandonado, pare y cubre con su cuerpo a sus dos hijos para librarlos de la enorme tormenta que arreciaba y de los rayos. A la mañana siguiente descubre el cadáver de su marido y se queda paralizada de horror durante un día y una noche. Luego reanuda la marcha hacia la casa de sus padres. Un río desbordado por el aguacero reciente la obliga a tomar la decisión de pasar a sus hijos uno por uno. Primero transporta al bebé, al que deja encima de un montón de yerba seca en la otra orilla. Cuando está regresando a por el otro, que tenía escasos años, ve aterrada cómo un halcón se lleva en el pico al recién nacido. Al ponerse a chillar, el segundo cree que su madre le está llamando y se arroja a las aguas, donde se ahoga. Ahí no termina todo. Cuando llega a su ciudad natal, se entera de que esa misma tormenta había hecho que se derrumbara la casa de su familia aplastando a todos sus miembros, que en ese momento arden en las piras funerarias. Patacara enloquece. Camina y camina sin rumbo hasta que su ropa se hace jirones. La gente la mantiene a distancia con palos o arrojándole basura. Un día, mientras estaba en el bosquecillo de Jeta, escucha un sermón del Buddha. Quisieron apartarla de él, pero el Buddha se le acerca y la conmina a recuperar la cordura. Es entonces cuando cae en la cuenta de que estaba desnuda. Un hombre le pasa un manto para cubrirse y luego le cuenta su vida al Buddha, al que pide ayuda. Poco después se ordena monja.

Los jóvenes brahmanes
aran sus campos y los siembran
para así alimentar a sus esposas

y a sus hijos. Trabajan
por el bien de los suyos sin descanso.

Hice lo mismo y nada.
Las arduas enseñanzas del Maestro
practiqué concentrada,
y no cayendo nunca en la pereza,
sin alcanzar la gran liberación.

Un día me lavaba
en un río cercano
los pies y me quedé
absorta contemplando cómo el agua
se dejaba llevar por la corriente.
Aproveché ese instante
para embridar mi mente,
un pura sangre inquieto que relincha,
y coger una lámpara y entrar
decidida en mi celda.

Inspeccioné mi cama.
Me senté en un cojín.
Despabilé la vela con la aguja
y sentí de repente que apagaba
también con ella todas mis pasiones.
¡La habitación a oscuras
y yo en la luz!